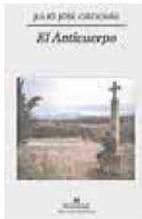


Dos soledades juntas

**ANTONIO GARRIDO****'EL ANTICUERPO'**

Autor: Julio José Ordovás. Editorial: Anagrama. Páginas: 133 pág. Precio: 13,90 euros.

Muchas veces el diccionario no satisface las necesidades del usuario. Si se busca la palabra que da título a la novela, encuentro que se trata de un término propio de la Biología y de la Medicina, definido como: «Sustancia producida en el organismo animal por la presencia de un antígeno, contra cuya acción reacciona específicamente». No me vale. Entiendo que se trata de un valor metafórico que explica muy bien el contenido de la historia.

Supongamos que la estructura social sea el cuerpo, lo establecido, la llamada normalidad, el orden, lo correcto, esa familia burguesa que, bien vestida, pasea el domingo después de misa. El cuerpo es la España adormecida, ordenada; de modo que el cuerpo es el sistema. Estamos en los años ochenta, una época de cambio social. El dictador ha muerto y, como sucede con la olla a presión, el vapor empieza a salir pero la válvula no es suficiente y aparecen los anticuerpos que perturban, que plantean una nueva realidad o, al menos, opciones de nuevos cami-

nos que son, sin duda, peligrosos y perturbadores; entre ellos, el sendero de la droga.

En este contexto de ruptura hay que entender esta historia en primera persona que se inicia con la frase: «Tocan a muerto»; en efecto, la muerte planea sobre todo y sobre todos, en ocho líneas encuentro: «difunto», «lo que viene de la tierra ha de volver a la tierra», «uno nunca muere hasta que le llega la hora». Estamos en un pueblo, un microcosmos donde todo es posible. Una característica que es necesario destacar es la calidad de la prosa y lo afortunado de las imágenes que enlazan con la lírica: «El cielo se había quitado el jersey. Una gran nube con alas de dragón perseguía a una pequeña nube con orejas de conejo». El narrador se siente más cómodo en los tejados que en el suelo: «Los tejados eran nuestra isla del tesoro».

El cambio en la sociedad es evidente hasta en el nuevo cura que viste «camisas irreverentes» y que no quiere que le llamen don José Luis. La casa del párroco tiene un jardín. El narrador entra y sale de las casas sin ser visto, conoce ese aroma íntimo, esos detalles que crean

No cabe duda de que Ordovás es un estilista en el mejor sentido del término

el mundo privado; por ejemplo, de la casa de los alemanes saca los libros y los devuelve o no, según le parezca: «Las casas estaban llenas de ecos y de sombras que se peleaban entre sí».

En ese jardín aparece el que será su amigo, un marginado: «No parecía un perro encadenado sino una rata narcotizada, una de esas ratas que tratando de esconderse de sí mismas, se aprietan contra los barrotes de la jaula». No cabe duda de que Ordovás es un estilista en el mejor sentido del término, muy minucioso en el desarrollo de la estructura y controla perfectamente la secuencia de los hechos, mucho más reflexivos que activos.

La forma dialogística es el eje de la estructura que se remansa en pensamientos que alcanzan el valor de sentencias: «Unos construyen murallas para que otros las destruyan». Encuentro un conjunto de recursos bien aprovechados y con un rendimiento más que notable. Existe una atmósfera que calificaré de poética y que contrasta con acciones que son punibles según el sistema. El narrador y otros entran en un cementerio de coches para llevarse todo lo que pueden: «Yo soñaba con encontrar una pistola dentro de una guantera, y mi sueño se cumplió, (...) Encontré un encendedor con forma de pistola», que regaló a su padre borracho.

La cruz de la moneda que toca a muchos pero sin perder una ternura que se concentra en un adjetivo: «A mi tía le regalé un frasco de colonia, medio lleno, que parecía caro y que a ella le pareció demasiado atrevido»; en este atrevido está la prueba de la calidad del debutante, lo digo con todo afecto.